de los artículos de procedencia estranjera, sobre el valor del importe del 5 por 100 de los derechos de importacion, que causasen todas las mercancías que se introdujeran en la aduana marítima de Veracruz, y desde la fecha de la misma ley.

Aparte de estas medidas que tan arbitrariamente atacaban los intereses de los habitantes de Veracruz, el general Almonte desterraba á un coronel español por protestar contra aquellas injustas medidas; reducia á prision á cuantos se atrevian á censurar directa ó indirectamente semejantes disposiciones; obligaba bajo severas penas á que todos defendiesen la causa que él allí representaba, y á que se batieran por consiguiente contra sus propios hermanos; saciaba contra los pobres súbditos ingleses y españoles toda la rábia y malestar profundo que le causára la retirada de los ministros de aquellas dos naciones, imponiéndoles además contribuciones estraordinarias, y no pudiendo pagarlas, eran maltratados y conducidos á prision entre bayonetas; y se recreaba, en fin, viendo la ciudad de Veracruz completamente cercada por todas partes, falta de los víveres más indispensables, ajada y escarnecida por la fogosa soldadesca que en ella se encerraba; porque en todo esto, veia el célebre presidente, un medio eficaz para evitar uno de esos movimientos bruscos y terribles á que los pueblos, como Madrid en el memorable Dos de Mayo, se hallan espuestos, al verse invadidos por estranjeras gentes.

Todo esto hacia el general Almonte en la ciudad de Veracruz y en las demás poblaciones en que llegó á dominar: todo esto era pasivamente aprobado por los representantes de la nacion francesa; y sin embargo, ¡aquel general decia que iba á defender la causa de la independencia y la libertad de Méjico, mientras que Juarez defendia el pillaje, la opresion y la arbitrariedad!

VII.

De tal manera desfiguraba los hechos el general Almonte para llevar á cabo sus inícuos pensamientos. Los mejicanos, sin embargo, no dejaban por esto de conocer la triste verdad que encerraban las palabras del futuro regente; y todos cuantos amaban con amor sincero la independencia y libertad de la patria, juraban guerra á muerte al traidor Almonte y á los que indigna y vilmente secundasen sus miserables proyectos.

La situacion de este general y la de las fuerzas estranjeras que le apoyaban, se iba haciendo cada dia más difícil é insostenible. Dos meses hacía que esperaban con la mayor impaciencia nuevas órdenes y otros refuerzos del emperador francés, sin lo cual no les era posible prolongar por más tiempo su estancia en el país mejicano.

La ciudad de Veracruz, que les servía de forzoso asilo, estaba amenazada de un cataclismo espantoso. Sus habitantes, que por espacio de tantos dias gemian bajo el yugo horrible de las fuerzas invasoras, esperaban con gran ansiedad el auxilio de sus compatriotas para que les ayudasen á sacudir el peso enorme que les agobiaba; y esto, que no se ocultaba á los detractores de la libertad de Méjico, les imponia sérios y graves temores, y les hacía desear con verdadera ansiedad, que llegáran nuevas fuerzas invasoras para dar cima á su cruel é inhumana empresa.

Y en efecto: no se hicieron esperar mucho los auxilios de Napoleon III. En cuanto llegaron á noticia del Gobierno del emperador los tristes resultados de las batallas de las Cumbres, del espíritu que animaba á los mejicanos, muy distinto por cierto de lo que á Luis Napoleon habian hecho creer los aventureros Almonte, P. Miranda y demás enemigos del Gobierno de la República, se dispuso á enviar inmediatamente á las aguas mejicanas numerosas fuerzas, que á todo trance y sin reparar en medios, llevasen á cabo el pensamiento que tanto halagaba al emperador francés. De los puertos de Tolon, de Oran y de Argel salieron hasta completar, con las fuerzas ya residentes en Veracruz, el número de 30.000 hombres, al frente de los cuales habia de ponerse el general Forey. Estas fuerzas debian formar dos divisiones que operarian en Méjico, quedando otra de reserva en la Martinica, segun habia indicado el general Lorencez.

La primera de estas divisiones sería mandada por el general Bazaine, del ejército de París, y sus dos brigadas por los generales Neigre y Castagny.

La segunda division la mandaria Lorencez, y sus dos brigadas los generales Berthier y Donay, que se encontraba ya en Méjico. El general Mirandol se encargaba del mando de la caballería, y otros varios conocidos jefes de la guardia imperial, de la numerosa artillería que habia de operar en Méjico.

Los buques de guerra franceses que con parte de estas tropas salieron del puerto de Tolon fueron:

El navío de hélice *Saint Louis*, de 102 cañones y 450 caballos, con 1.034 individuos de tropa.

El navío de hélice *Navarin*, de 102 cañones y 450 caballos, con 1.034.

Del puerto de Cherburgo salieron igualmente:

El navío de hélice *Ville de Lyon*, de 162 cañones y 950 caballos, con 1.025 individuos de tropa, conduciendo tambien un general de division.

El navío de hélice *Tilsitt*, de 102 cañones y 500 caballos, con 1.006 individuos de tropa.

El navío de hélice *Duquesne*, de 90 cañones y 650 caballos, con 1.045.

La fragata de hélice *Eure*, de 4 cañones y 600 caballos, con 350 individuos de tropa y sus correspondientes caballos.

CAPÍTULO IV.

El general Forey es nombrado jefe del ejército espedicionario de Méjico.—Su llegada á Veracruz.—Proclamas que publica en esta ciudad y en la de Orizaba.—Efecto que producen en aquellos habitantes.—Actitud de la capital de Méjico.—Manifiesto de Juarez.—Contestacion de la Asamblea.—Las tropas francesas se apoderan de varias poblaciones situadas entre Veracruz y Puebla.—El general Forey se decide á marchar sobre esta última ciudad.

I.

El 25 de Setiembre de 1862 desembarcó en Veracruz el general Forey, nombrado general en jefe de las fuerzas espedicionarias de Méjico.

A su entrada en aquella ciudad, precedió una notable proclama que el ilustre mariscal dirijia á los mejicanos, la cual bien merece ser conocida y estudiada, porque retrata fielmente la conducta que ha servido de norma en todos sus planes á Napoleon III.

«El emperador,—decia el general Forey,—al confiarme el mando del nuevo ejército, que llegará muy pronto, me ha encargado daros á conocer sus verdaderas intenciones.

»Cuando hace algunos meses España, Inglaterra y Francia, al impulso de unas mismas necesidades, creyeron deber reunirse para una misma causa, el Gobierno del emperador sólo envió cierto número de soldados, dejando á la nacion más ofendida, la direccion principal en la reparacion de los agravios comunes.

»Pero por una fatalidad, difícil de prevér, Francia ha quedado sola para defender lo que creia el interés de todos. Esta nueva situacion no la ha hecho retroceder, convencida de la justicia de sus reclamaciones; y firme en sus propósitos favorables á la regeneracion de Méjico, ha perseverado y persevera más que nunca en el objeto que se propuso.

»No vengo á hacer la guerra al pueblo mejicano, sino á un puñado de hombres sin escrúpulos y sin conciencia que han hollado el derecho de gentes, gobiernan por un terror sanguinario, y para sostenerse no se avergüenzan de vender á pedazos el territorio de su país al estranjero.

»Se ha tratado de sublevar contra nosotros el sentimiento nacional, queriendo hacer creer que veniamos para imponer un Gobierno á nuestro gusto al país: léjos de eso, el pueblo mejicano, emancipado por nuestras armas, será enteramente libre de erijir el Gobierno que más le convenga. Tengo la mision espresa de declarárselo así.

»Los hombres valerosos que han venido á unirse á nosotros, merecen nuestra proteccion especial; pero en nombre del emperador me dirijo, sin distincion de partidos, á todos los que quieran la independencia de su patria y la integridad de su territorio.

»No entra en la política de la Francia mezclarse por una ventaja personal en las contiendas intestinas de las naciones estranjeras; pero cuando por razones legítimas se vé obligada á intervenir, lo hace siempre en interés del país en que ejerce su accion.

»Recordad que donde quiera que ondea su bandera, lo mismo en América que en Eu-

ropa, representa la causa de los pueblos y de la civilizacion.»

Así se espresaba el nuevo jefe del cuerpo espedicionario de Méjico, y así tambien revelaba la política hipócrita y acomodaticia que ha seguido siempre el César francés.

Pero las esperanzas que sobre Méjico habia abrigado hasta entónces Napoleon III habian salido fallidas, y le era necesario, por lo tanto, arreglar su conducta á la actitud que tomaba el pueblo mejicano. Para éste, que rechazaba con todas sus fuerzas cuanto hasta entónces se habia intentado por Mr. de Saligny y el general Almonte, y que además se mostraba dispuesto á luchar desesperadamente contra toda innovacion que del traidor viniera, no podian ser aceptadas jamás las doctrinas que Almonte representaba, y Luis Napoleon tenía que apelar á otros medios que fueran ménos repulsivos para los mejicanos.

La conducta observada por Almonte desde que se habia investido de los poderes dictatoriales, habia sido condenada por los habitantes de la República, y era menester conceder á otro aquellas facultades, para ver si de este modo era posible conquistar el afecto y adhesion del pueblo mejicano. Por esto Napoleon encargó al general Forey, que á su llegada á las costas de la República, hiciese ver que iba á ponerse al frente del cuerpo espedicionario, cuyo mando le habia sido confiado por el emperador por decreto del 6 de Julio de 1862; que todos los poderes militares y diplomáticos estaban reunidos en su mano, puesto que S. M. le nombraba su ministro plenipotenciario en Méjico; y que Mr. Dubois de Saligny continuaria residiendo en Méjico en la posicion de un jefe de mision, cuyos poderes quedaban momentáneamente subordinados á los de un embajador estraordinario.

En cuanto al general Almonte, el nuevo ministro plenipotenciario publicó un edicto, luego que llegó á las playas de Méjico, declarando que no le reconocia como jefe supremo de la nacion, título que se habia conferido á sí mismo, y que desde luego quedaba destituido de su título de presidente provisional, disuelto su Gobierno, y nulos y sin efecto todos sus actos.

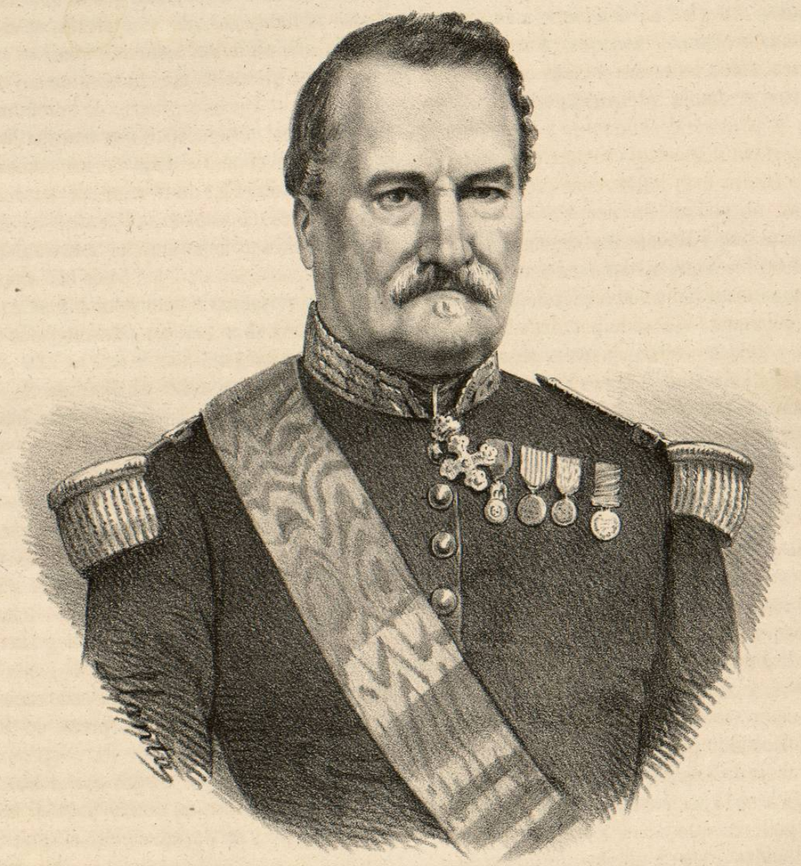
II.

Despues que desembarcaron en Veracruz todas las fuerzas que debian operar en Méjico, el general Forey decidió marchar sobre Puebla, dividiendo su ejército y dirijiéndolo por los dos caminos que conducen á esta ciudad: el de Orizaba, que era el que hasta entónces habia seguido el ejército, y el de Jalapa, que no habia recorrido aun.

Por este último camino habia sido enviada la brigada de Berthier, fuerte de 5.000 hombres; la cual, despues de una marcha lenta y difícil por el mal estado de los caminos, llegó á ocupar el 1.º de Noviembre, sin resistencia alguna, la posicion de Puente Nacional, desde donde siguió su marcha sobre Jalapa, deliciosa poblacion de unas trece mil almas, que sirve de recreo en la estacion más calorosa, á los habitantes bien acomodados de aquellas comarcas.

Ni en esta poblacion ni en ninguna de las que atravesaron las tropas francesas hasta llegar á Puebla, encontraron un solo enemigo á quien combatir, ni un solo habitante que no hubiese abandonado sus aldeas y sus hogares. El terror que los soldados franceses inspiraban á los pobres moradores de las poblaciones inmediatas á Veracruz, hizo que éstos huyesen amedrentados tan luego como tenian noticia de la próxima llegada de los invasores; y hombres, mujeres, niños, todos desaparecian, llevándose su escaso mobiliario para que no fuera presa de los escesos de la soldadesca.

El general Forey se dirijia entretanto á la ciudad de Orizaba, en donde publicó una proclama con el fin de apaciguar el espíritu guerrero, que en este punto y en algunos otros empezaba á levantarse amenazador contra las fuerzas francesas. En esa proclama, el general francés hacía ver á los mejicanos, que sólo pensaba en combatir al Gobierno de Juarez, cuya impotencia para hacer el bien estaba probada hasta la evidencia, por el deplorable estado en que Méjico se encontraba; pero que nunca combatiria al valiente y noble pueblo de Méjico. «¿Qué es, en efecto,—decia el general Forey,—lo que se vé en vuestras ciudades? Edificios arruinados, calles intransitables, fangales cor-



Lit. de J. Donon Madrid.

FOREY.

rompiendo la atmósfera. ¿Cómo están vuestros caminos? Llenos de pantanos y sumideros, por donde no pasan sin gran peligro los carruajes y animales. ¿Qué cosa es vuestra administracion? El robo organizado.»

Continuando despues el general Forey en la exposicion fiel y exácta de las instrucciones de su emperador, recordaba á los mejicanos los abusos cometidos por los encargados de administrar justicia, exagerando con la más dañina intencion, las molestias que en sus personas y en sus intereses les habian causado.

«Los encargados de cobrar las rentas del Estado, suelen llenar sus bolsillos antes que las arcas de la nacion. ¿Puede ser fomentada la agricultura cuando el labrador tiene la seguridad de verse defraudado del fruto de sus trabajos?

»¿Pueden adelantar el comercio y las artes cuando por todas partes, y de muchos años acá, sólo se oye el grito de guerra?

»¿Acaso habeis conquistado vuestra independencia, despues de tanta sangre vertida por tan nobles y santas causas, para hacer de ella tan deplorable uso? ¿Y no habrá ya en este país, favorecido del cielo por tantos dones, verdaderos patriotas que comprendan que ha durado demasiado la esplotacion de esta noble nacion por algunos ambiciosos, gastando en una lucha fratricida toda la fuerza y vida de Méjico?

»Sí... lo digo con profundo dolor, y lo dicen cuantos ven la triste situacion de vuestra patria. Correis hácia un abismo; un paso más, y desapareceis con su independencia, y volvereis á la barbárie. Deteneos, pues, y volved sobre vuestros pasos; que la Providencia os proporciona para ello una oportunidad única.»

El general francés encomiaba luego el órden y disciplina de su ejército, no acordándose de tantas y tan numerosas víctimas como habian causado en el territorio mejicano los actos crueles del ejército espedicionario, y les aseguraba que iba á ayudarles á que se constituyera la nacion mejicana en un pueblo rico, poderoso, libre, que envidiarian bien pronto todos los pueblos del mundo.

«Y cuando hayais establecido,—continuaba,—un Gobierno honrado é íntegro, que sólo tenga empleados honrados é íntegros como él, entónces la Hacienda pública será de todos, y no solamente de algunos como sucede hoy. En lugar de enriquecer á un corto número de ambiciosos, servirá para pagar un ejército regularizado, capaz de asegurar el órden y protejer la propiedad en lugar de destruirla; servirá para abrir vias de comunicacion como en Europa, favoreciendo así el comercio y la agricultura, que hacen la prosperidad de las naciones; servirá para reponer vuestros caminos, vuestros puentes, vuestros edificios; servirá, en fin, para empedrar y alumbrar vuestras ciudades.»

III.

La elocuencia del general Forey no bastó para convencer á los habitantes de Orizaba. Los concejales de esta ciudad presentaron, en el mismo dia en que se dió la proclama, la renuncia de sus respectivos cargos; y todos los hombres de valer y de importancia, así de aquella como de las poblaciones inmediatas, procuraron por todos los medios, ayudar á sus vecinos y conciudadanos de Puebla en la heróica resistencia á que esta poblacion se preparaba.

En la capital de la República, la actitud de sus habitantes era más imponente, y el entusiasmo rayaba en frenesí. El presidente Juarez manifestaba al Congreso, la amarga pena que le causaba la resolucion del ejército francés por el estado de penuria y de miseria en que se encontraba el país, á la vez que con el valor y energía propios de su patriotismo, se mostraba dispuesto á luchar contra la fuerza invasora hasta derramar la última gota de sangre.

«La actitud,—decia Juarez,—tomada por la Francia respecto á nosotros, impide que Inglaterra y España reanuden con la República las negociaciones abiertas en la Soledad; pero esto no será difícil conseguir, estando el Gobierno dispuesto á reconocer todas las reclamaciones que con buen derecho se hagan á la República.

»Si bastára esta disposicion para atraer al emperador de los franceses á un arreglo pacífico, la guerra actual, por cierto, no habria estallado. Pero hoy dia, para nadie es un misterio el verdadero designio del emperador.